



## Capítulo 72

«Este es el lugar».

Maxim, uno de los guardias reales del rey, habló con notable intensidad, y Alon miró fijamente la puerta que se abría.

«Una vez que entres, solo podrás sacar un objeto que deseas. Sin embargo, si intentas sacar más de un objeto y te descubren...».

La mirada de Maxim se dirigió a Alon.

«Puede ocurrir algo desafortunado, así que ten cuidado con eso».

Era una advertencia un poco desagradable de escuchar, pero Alon asintió ligeramente.

Entendía el punto de vista de Maxim.

«Siempre hay algunos que intentan hacer trampa durante este tipo de misiones».

Por supuesto, no había muchos lo suficientemente atrevidos como para intentar engañar en el tesoro real, pero sí existían personas así.

«Pueden pasar».

Sin mostrar emoción alguna, Alon entró en la tesorería.

«Vaya...».

No pudo evitar soltar una exclamación.

Como era de esperar, el interior del tesoro estaba repleto de diversos objetos.

Desde espadas, hachas y lanzas hasta adornos y accesorios, la sala estaba llena de objetos esparcidos por las mesas y el suelo.

Era realmente un lugar digno del término «tesoro».

Sin embargo, Alon no prestó atención a las armas ni a los adornos. En cambio, se dirigió sin dudar hacia una esquina y comenzó a buscar un objeto.

Ya sabía lo que quería llevarse de allí.

Después de unos 30 minutos,

Alon, después de rebuscar, finalmente encontró el artículo que buscaba.

«Hmm...»

Lo que sacó de una pila de adornos y accesorios fue una pequeña daga.

No, para ser más exactos, era extraño incluso llamarla daga. Parecía una espada larga hecha para ser empuñada por un enano.



Aunque técnicamente podía funcionar como daga, el mango era absurdamente delgado, lo que la hacía inadecuada para el combate real y aparentemente solo útil como objeto decorativo.

Pero a Alon no le importó y la aceptó.

«El sello del contrato del Ciego».

Recordó el nombre del objeto que sostenía.

No era algo que necesitara de inmediato.

Solo le sería útil después de pasar por Raksas con el anillo que le había dado Heinkel.

... Ahora que había conseguido todo lo que necesitaba, solo tenía que reunirse con los Dragones, escuchar su explicación y dirigirse a Raksas.

Con eso, salió del tesoro y regresó a la cámara del rey con Maxim, que había estado esperando afuera.

Aunque deseaba abandonar el incómodo palacio lo antes posible, tenía que expresar su gratitud al rey por cortesía.

Por lo tanto,

«¿Cómo puedo rechazar educadamente el asunto relativo a su hija?».



Estaba pensando en ello cuando llegó al lugar donde se encontraba el rey.

«...?»

«...?»

El ambiente se sentía bastante inusual.

Aunque Carmax, aún sonriente, no desprendía la misma risa cordial que antes de que Alon fuera a recuperar el tesoro, había una sutil incomodidad en él.

—¡Ah, maestro!

Por el contrario, Seolrang, que había estado conversando con el rey hasta hacía un momento, sonreía como de costumbre.

«Mmm, mmm... ¿Ya has elegido todos los artículos?».

Ante la extraña y torpe pregunta de Carmaxes, Alon hizo una reverencia.

«Sí, gracias por su amabilidad».

«Muy bien, entonces, vámonos... Ah, y lo que mencioné antes, olvídalos. Solo era una broma».

«... ¿Ah, sí?».

Con una risa forzada y cordial, Carmaxes continuó:



«Entonces, espero verte de nuevo la próxima vez».

Con esas palabras, despidió a Alon y

«...?»

La audiencia terminó sin siquiera un simple ritual de mostrar al rey el objeto traído del tesoro y ofrecerle agradecimiento. Alon estaba simplemente desconcertado.

«Seolrang».

«¿Eh? ¿Qué pasa, maestro?».

De repente, intrigado por otro asunto, Alon le preguntó a Seolrang, que sonreía.

«No pareció que le mostrara ningún respeto formal al rey cuando lo conocimos. ¿Está bien eso?».

«¿Eh? No pasa nada».

«... Entonces, el rey debe de haberlo permitido».

«Así es, está bien».



Al ver que Seolrang asentía como si no fuera nada, Alon sintió otra extraña sensación.

Al ver a Seolrang asentir como si no fuera nada, Alon sintió otra sensación peculiar.

«Por muy informal que sea, ¿no debería haber mostrado respeto al rey?».

Por supuesto, Alon no podía estar seguro, ya que esos detalles no se describían con precisión en Psychedelia, así que decidió dejar pasar el tema sin darle mayor importancia.

—Por cierto, ¿discutiste algo con el rey?

«Hmm... ¿Solo cosas normales?»

«¿Normales...?»

«Bueno, ya sabes, lo habitual. Cosas sobre las comidas, cosas que hay que tener en cuenta... ya sabes, ese tipo de cosas».

«Ya veo».

«¡Sí!».

Ante la animada respuesta de Seolrang, Alon se encogió de hombros mientras subía al carroaje.



«Bueno... si es igual que antes, entonces probablemente no fue por culpa de Seolrang... Supongo que esa extraña atmósfera era solo mi imaginación».

\*\*\*

En lugar de dirigirse al gremio de Seolrang, el carroje de Alon se dirigió directamente a las ruinas situadas a las afueras de la colonia.

Habiendo conseguido todo lo que necesitaba, ahora era el momento de reunirse con el Dragón y escuchar la historia que se había perdido la última vez.

Así, sin pasar por el gremio, Alon viajó con Seolrang hasta su destino, donde llegaron por la tarde.

«Muy bien, entonces, volveré».

«¡De acuerdo! ¡Te estaré esperando, maestro!».

Seolrang se despidió de él con un entusiasta gesto de ambas manos.

Con su despedida y la voz aún suplicante de Sparrow, que seguía rogándole a Alon que se convirtiera en su sucesor, llegó a la torre central.

[¿Ya llegaste? Te estaba esperando].

Una vez más, tan pronto como subió al piso superior, se encontró con él, rodeado de hileras de estanterías.



«¿Hay un límite de tiempo para tu manifestación también esta vez?».

[No hay por qué preocuparse por eso. Tenemos tiempo suficiente para hablar].

«Ya veo. Pero ¿por qué no has cumplido tu promesa?».

[...¿Promesa?]

«No vas a fingir que no lo sabes, ¿verdad?».

Cuando Alon cuestionó su fingida ignorancia, este soltó un sonido como el de un animal acorralado y pillado en una mentira, y luego murmuró en voz baja.

[... ¡éYa es suficiente, maestro?!]

«Esta vez lo dejaré pasar».

[¡éPor qué hice una promesa tan tonta en primer lugar~!]

Suspirando ante las palabras de Alon, miró al bastón de Sparrow y respondió.

[Pero eres más capaz de lo que esperaba. No pensé que ya poseyeras el bastón.  
¿Has intentado usar magia con él?]

«Sí».

[¿Qué tal una autoinvocación?]



«Lo logré, pero fue más peligroso de lo necesario».

Alon habló con calma.

Al oír esto, el dragón pareció quedarse atónito por un momento.

[Pensar que realmente lo lograste... No tengo palabras].

Soltó una leve risa.

Entonces,

[Mago, dime tú. ¿Realmente logró el mago la Autoinvocación?]

Como si quisiera una confirmación, la pregunta no se dirigió a Alon, sino al personal.

[S-Sí, es correcto].

«...?»

Alon tenía una expresión de desconcierto.

Justo antes de entrar en la torre, Sparrow había estado parloteando ruidosamente, pero ahora respondía con tono tenso.



Alon se preguntó brevemente por qué había cambiado tanto su actitud, que ahora recordaba a la de un ratón frente a un gato, en comparación con lo que había visto en los últimos días.

[Bien, muy bien].

Sonrió como si estuviera muy complacido, asintiendo repetidamente.

[Hay algo que deseo decirte de inmediato y algunas cosas que necesitas saber. Pero todo debe hacerse en orden. Como ya hay asuntos pendientes, comencemos por abordarlos].

Mirando a Alon, continuó:

[¿Qué quieres saber? Te diré todo lo que se puede discutir en este momento].

Alon reflexionó sobre su pregunta.

Había muchas cosas que quería preguntar, pero ahora que se le presentaba la oportunidad, no sabía por dónde empezar.

Tras un momento de indecisión, Alon finalmente habló.

«La última vez dijiste que necesitaría «resonancia mental» para escuchar esta historia».

[Así es], respondió.

«¿Qué es exactamente esta resonancia mental?».



La primera pregunta de Alon fue sobre la «resonancia mental».

[¿Eh? Eso, por supuesto].

El ser, con una curiosa sonrisa como si no hubiera necesidad de más explicaciones, respondió:

[-es el estatus divino].

\*\*\*

Mientras Alon escuchaba la conversación, Carmaxes III suspiraba profundamente en la oficina del Palacio Real de Colony, reflexionando sobre los acontecimientos de hacía un rato.

«Nunca había visto una gama tan diversa de reacciones».

Carmaxes pensó en Seolrang.

Hasta ahora, nunca había visto a \*ese\* Seolrang con una sonrisa tan radiante.

La expresión de su rostro siempre había sido neutra cada vez que se encontraba con ella, ya fuera en el Coliseo o en el palacio real.

Por eso, el cambio de expresión de Seolrang resultó peculiar para Carmaxes, aunque no lo demostró.



Eso no fue todo.

«Ya basta».

Carmax recordó la voz de Seolrang.

Tan pronto como el conde Palatio se marchó, ella abandonó su expresión despreocupada y pronunció una fría declaración en tono severo.

Recordó haberse quedado sin aliento en ese momento y soltó una risa débil y amarga.

El comportamiento de Seolrang era claramente rebelde según cualquier criterio.

Aunque fue aceptada como la Primera Baba Yaga y se le permitió utilizar un lenguaje informal, mostrar hostilidad hacia el rey —especialmente hasta el punto de emitir una escalofriante intención asesina— fue sin duda un acto rebelde.

Sin embargo, a pesar de las acciones de Seolrang, Carmaxes no se atrevió a decirle nada.

Había dos razones para ello.

En primer lugar, Carmaxes era muy consciente de la fuerza de Seolrang.

No solo su conocido poder como la Primera Baba Yaga, el «Rayo Dorado», sino su verdadera fuerza.



En Colony, donde aún quedaban dos puestos vacantes de Baba Yaga, el abrumador poder de Seolrang era indispensable.

La segunda razón era que Carmaxes había intentado utilizar su autoridad real para explotar al conde Palatio, a pesar de que sabía perfectamente que Palatio era el maestro de Seolrang.

El matrimonio, en la clase alta, suele ser una herramienta política.

Por lo tanto, la sugerencia inicial de Carmaxes de «regalar» a su hija al conde Palatio tenía la intención de ser una propuesta beneficiosa de alguna manera.

Si Palatio la rechazaba, Carmaxes podría crear una «deuda» no oficial, y si Palatio la aceptaba, podría aprovechar la creciente fama y el prometedor futuro del conde.

La fama del conde Palatio se había extendido considerablemente en Colonia últimamente.

Sin embargo, la verdadera razón por la que Carmaxes quería reclutar a Palatio era que era el maestro de Seolrang.

Si lograba que Palatio se uniera a su bando, obtendría un mayor control sobre la impredecible Primera Baba Yaga.

Además, se había enterado de que Palatio estaba relacionado con Yutia Bloodia, una figura importante que actualmente ejercía una gran influencia en el Reino Sagrado de Rosario, por lo que Carmaxes hizo esa propuesta, aunque fuera un poco temeraria.



«... No esperaba que fuera tan desafiante».

Carmaxes volvió a pensar en Seolrang.

Era consciente de que la actitud de ella hacia él no era normal.

Sin embargo, a pesar de utilizar un lenguaje informal, Seolrang nunca había traspasado ningún límite innecesario en el pasado.

Por eso...

«... ¿Quién es él?».

Mientras Carmaxes se sentía desconcertado por Alon una vez más e inclinaba la cabeza con curiosidad...

—Su Majestad, el cardenal solicita una audiencia.

«Que pase».

La voz del exterior interrumpió los pensamientos de Carmaxes.

Normalmente, habría seguido reflexionando, pero dada la necesidad del Reino de contar con el apoyo del Reino Sagrado, no estaba en condiciones de rechazar la petición del cardenal.



Por eso, incluso anteriormente, se había visto obligado a romper la tradición del reino y concederle uno de los tesoros del tesoro público a ella en lugar de a un guerrero.

—Su Majestad.

Yutia, cardenal del Reino Sagrado, entró e hizo una ligera reverencia a modo de saludo.

Mientras Carmaxes se preparaba para devolverle el saludo...

«...?»

Sentía que algo no estaba bien.

Yutia, que nunca había perdido la sonrisa durante sus numerosas conversaciones sobre el «apoyo», ahora tenía una expresión inexpresiva, con la boca en una línea recta, como si toda la emoción se hubiera desvanecido de su rostro.

«¿Ha pasado algo?».

Carmaxes se quedó momentáneamente confundido.

Yutia, inexpresiva, entró en la oficina y se acercó directamente a él.

«Su Majestad, he oído algo sobre lo que me gustaría preguntarle, si no le importa».



«¿Cuál es su pregunta?».

«Bueno, he oído que intentaste darle al conde Palatio, no, mi señor, un regalo problemático. ¿Es eso cierto?».

Ella comenzó:

Y entonces Carmaxes lo vio.

Sus ojos rojos.

Carmaxes no podía leer ninguna emoción en esos ojos.

Estaban completamente desprovistos de expresión.

En cierto sentido, parecían tranquilos; en otro, parecían indiferentes.

«¿Me vas a responder?».

«...»

A pesar de su aparente falta de emoción, Carmaxes sintió de repente un sudor frío resbalar por la mano que sostenía su pluma.

Su cuerpo reaccionó instintivamente, aunque ella no emanaba ningún sentimiento perceptible, como si se enfrentara a un ser con el que nunca debería encontrarse.



Carmaxes, sintiendo una mezcla de confusión e incertidumbre, recordó instintivamente un hecho crucial: su cambio estaba relacionado con el conde Palatio.

Por eso...

«¿Quién es ese hombre...? ¿Cuál es su verdadera identidad...?»

El rey de Colony, Carmaxes, se sintió aún más agobiado por su creciente confusión, reafirmando una vez más que la identidad del conde Palatio no podía ser ordinaria.